



Nevera de Belmonte de San José
FOTO JAVIER ROMEO

NEVERAS DEL BAJO ARAGÓN HISTÓRICO

TEXTO ALBERTO BAYOD

Los antiguos pozos de nieve, denominados popularmente como neveras, son el vivo recuerdo de una fatigosa labor, ya desaparecida, que consistía en la recogida de nieve durante el invierno y su almacenamiento por capas, convenientemente compactadas y alternadas con paja, en el interior de estos sólidos depósitos subterráneos de capacidad variable. De esta forma se facilitaba su conservación, permitiendo así la distribución y venta del producto durante la época más calurosa del año. Estas sobrias y funcionales edificaciones presentan, habitualmente, planta circular, aunque sus modelos constructivos demuestran soluciones muy diversas. Las paredes del pozo estaban forradas de piedra, existiendo en bastantes casos un túnel de desagüe en su base. La mayoría de las neveras estaban dotadas de una cubierta fija abovedada, de carácter pétreo, que mejoraba el aislamiento. Su técnica de realización habitual fue por aproximación de hiladas de piedra, aunque también se edificaron de ladrillo o con arcos de sostén. En la bóveda se encontraban las aberturas para acceder al interior del depósito y empozar o extraer la nieve. Su número era variado, presentando diferentes tipos, formas y tamaños, aunque eran habituales las cenitales y las laterales.

En los casos en que la altitud del depósito era inferior a los 500-600 metros, las nevadas eran menos abundantes y también se empozaba hielo natural, que se obtenía al desviar el agua de algún curso fluvial hacia balsas de poca profundidad situadas junto al mismo, aprovechando así los efectos de las fuertes heladas invernales. Este sistema de almacenamiento de la nieve y el hielo natural para su posterior explotación comercial adquirió su máximo desarrollo durante la Edad Moderna, a partir de finales del siglo XVI, gracias a la popularidad alcanzada por dicho artículo, cuyo uso fue ampliamente fomentado por la literatura médica de la época. El período comprendido entre principios del siglo XVII y mediados del XIX fue la etapa en la que el funcionamiento de las neveras alcanzó un mayor esplendor, coincidiendo con un largo ciclo de bajas temperaturas que se ha denominado la Pequeña Edad del Hielo. Posteriormente, la progresiva introducción del hielo artificial hizo que, durante el siglo XX, buena parte de los pozos desapareciesen o se empleasen como vertederos.

LÁMINA. NEVERA

- A. Entrada
- B. Bóveda de crucería
- C. Aberturas cenitales o para empozar
- D. Pozo excavado en la tierra
- E. Herramientas: pala (a), escalera (b), carrucha (c), cuerda (d), capazo (e) y compactador (f)
- F. Nieve compactada
- G. Paja
- H. Emparrillado
- I. Desaguedero

La utilización de la nieve en aspectos tan importantes y cotidianos como la elaboración de refrescos y bebidas frías o la conservación de alimentos frescos y, sobre todo, su uso con fines terapéuticos para tratar los síntomas de numerosas enfermedades (fiebre, hemorragias, cefaleas y dolores diversos, inflamaciones, quemaduras, etc.) o el empleo de la misma como anestésico en intervenciones médicas, convirtieron a este producto, muy perecedero y de difícil conservación, en un artículo de primera necesidad.

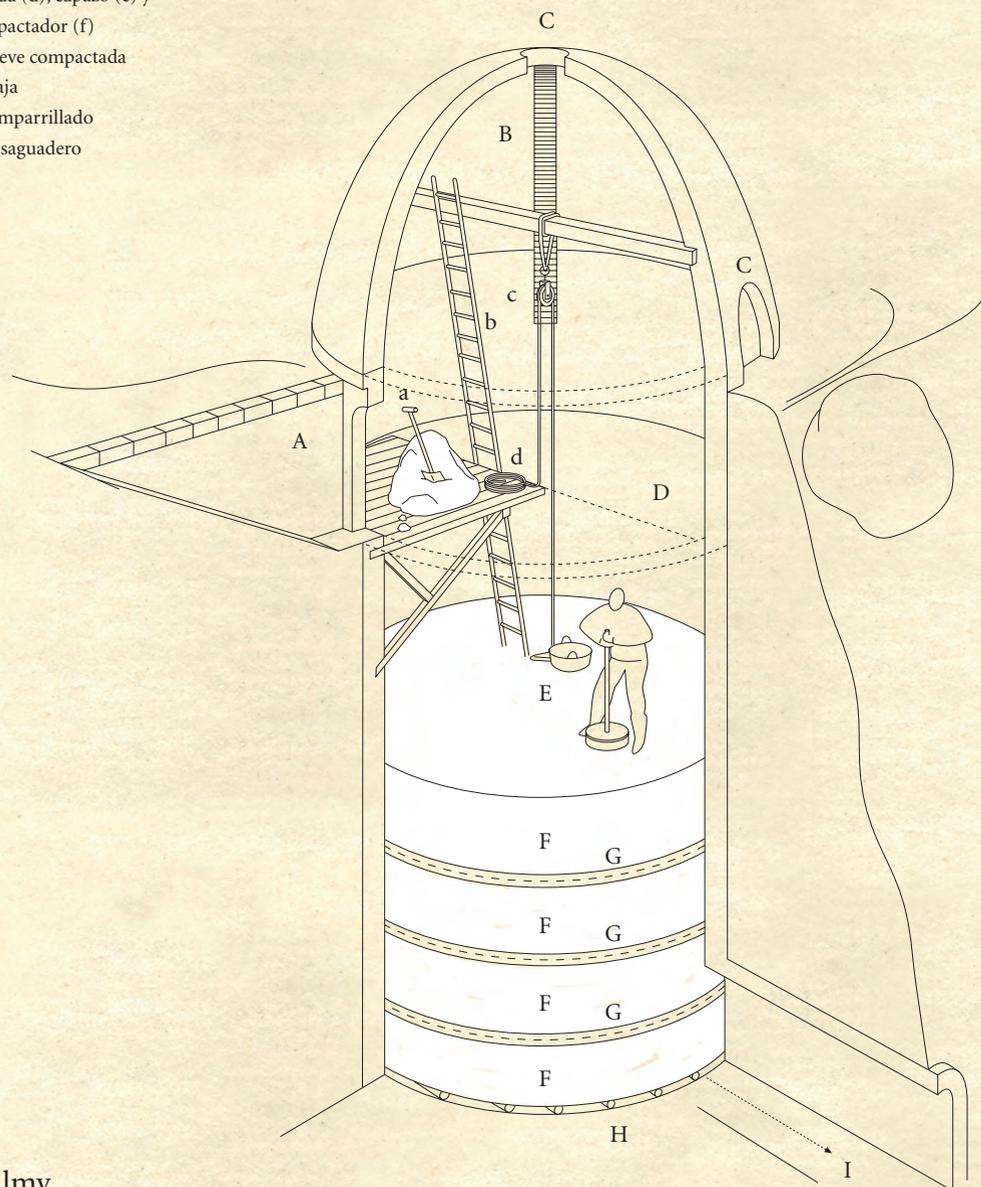
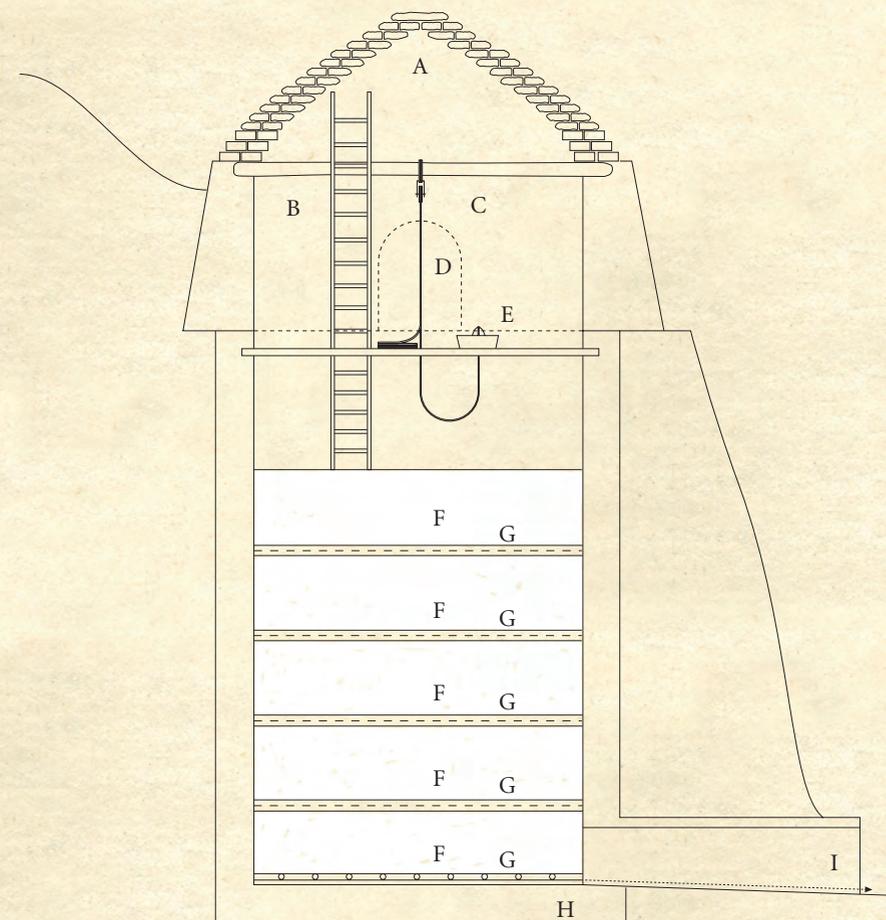


LÁMINA. NEVERA

- A. Bóveda por aproximación de hiladas
- B. Escalera
- C. Carrucha
- D. Puerta
- E. Capazo
- F. Nieve compactada
- G. Paja
- H. Emparrillado
- I. Desaguedero

Este hecho motivó que las autoridades locales se preocupasen de que la nieve no faltase en ningún momento a los habitantes de cada población, construyendo para ello su propio depósito. Este tipo de neveras, de carácter urbano, servía para asegurar un suministro permanente a cada localidad y se complementaba con aquellas otras que se emplazaban en zonas de montaña y se utilizaban para garantizar la provisión de nieve en años de carencias meteorológicas del producto, siendo transportada, en ocasiones, desde distancias realmente largas, cercanas incluso al centenar de kilómetros. El resultado fue la creación de una amplia red de depósitos de almacenamiento para la distribución comercial de la nieve, los cuales se explotaban, generalmente, entre los meses de mayo y octubre, a través de contratos de arrendamiento anuales.





Nevera de Albalate del Arzobispo
FOTO JAVIER ROMEO

Nevera de La Ginebrosa
FOTO JAVIER ROMEO



NEVERAS O POZOS DE NIEVE

Las numerosas noticias existentes, documentales o materiales, permiten confirmar que el territorio aragonés, durante su época de mayor actividad, llegó a disponer de más de 500 neveras en funcionamiento. De ellas, alrededor de 60 depósitos pertenecen al llamado Bajo Aragón histórico, siendo destacable el excelente estado de conservación de un conjunto de depósitos urbanos de gran capacidad, en torno a los que se ha diseñado una ruta temática denominada «Las bóvedas del frío», que ha permitido una revalorización patrimonial de este tipo de construcciones, facilitando una visita didáctica a las mismas en la que se recrean diversos aspectos de esta desconocida actividad preindustrial. También se ha recuperado, con una finalidad similar, la antigua nevera de Alcañiz, lugar de almacenamiento y venta de la nieve, a modo de tienda, cuyo emplazamiento estaba situado en el mismo centro de la ciudad.

El contrato de arriendo de la provisión de nieve más antiguo de la comarca se formalizó en la población de Castelserás en el año 1622. Por el contrario, las últimas referencias del funcionamiento de las neveras bajoaragonesas datan de finales del siglo XIX (Alcañiz, 1894), aunque la tradición oral reafirma su uso residual durante el primer tercio del siglo XX, compartiendo escena con las primeras fábricas de hielo artificial instaladas en Alcañiz, Albalate del Arzobispo o Calanda. Algunos de estos pozos se emplazaron en parajes aislados. Así sucedió con las neveras de propiedad eclesiástica que sirvieron para el abastecimiento de diversos conventos de la comarca como el de Nuestra Señora del Olivar en Estercuel o el de carmelitas descalzos del Desierto de Calanda, cuyo depósito de nieve está situado junto a las impresionantes ruinas del citado cenobio y todavía se conserva en perfecto estado.

Entre las neveras de aprovisionamiento, situadas en zonas montañosas de altitud elevada, son reseñables el gran depósito existente junto al cerro de Montalvos, en el término municipal de Alloza, con tres grandes aberturas en su bóveda, o los restos del que se construyó en las cercanías de la ermita de San Juan en Cuevas de Cañart. También tuvo gran importancia la nevera del Mas de Borla, en Peñarroya de Tastavins, que en años de escasez abastecía a varios pueblos de la Tierra Baja como Castelserás, Torrecilla o Valdealgorfa. Así mismo, en la zona de confluencia de los términos de Ráfales, Monroyo y La Cerollera existe una interesante agrupación de pequeñas neveras, situadas en una zona de tránsito de varias vías de comunicación entre la costa y el interior, cuyo objetivo sería suministrar nieve a los arrieros que transportaban el pescado fresco hacia el valle del Ebro. No obstante, la mayor parte de los depósitos que se construyeron en el territorio bajoaragonés se corresponden con las características neveras urbanas, situadas en los alrededores de cada localidad y cuya finalidad principal era el abastecimiento permanente de la población. Los depósitos de este tipo



Nevera de La Ginebrosa
FOTO JAVIER ROMEO



son muy numerosos, destacando, por su buen estado de conservación y la gran capacidad de almacenamiento de nieve que permitían, los existentes en los municipios de Albalate del Arzobispo, Belmonte de San José, Calanda, La Cañada de Verich, La Ginebrosa, La Mata de los Olmos y Valdealgofra. Todas sus fábricas se mantienen íntegramente, conservando la cubierta y presentando unas características singulares de gran interés. También se conservan restos materiales apreciables de otros pozos de nieve locales en las afueras de los núcleos urbanos de Aguaviva, Fórnoles, Torre del Compte o La Codoñera, cuya nevera fue totalmente remodelada en 1680.

Un caso especial lo constituye la nevería de Alcañiz, donde se reutilizó una estancia subterránea como almacén temporal y punto de distribución de la nieve conservada en los tres pozos comunales con los que contaba la población. Cuando la nieve escaseaba en la ciudad, se adquiría en neveras situadas bastante más lejos, siendo frecuente su provisión desde La Mata de los Olmos, tal como sucedió en los años 1657 o 1816. Varios son los depósitos urbanos reseñables. La nevera de Belmonte de San José está dotada de una impresionante cubierta, realizada con toba calcárea y sostenida por dos arcos cruzados de sillería. La fábrica del pozo es de mampostería, con ajuste de la piedra en seco, disponiendo de un túnel de desagüe transitable de 6 metros de profundidad. Otro pozo de nieve interesante se encuentra en la localidad de La Cañada de Verich. Con un diámetro de 8 metros por otros 9 de altura, su cubierta constituye un buen ejemplo de falsa bóveda realizada por aproximación de hiladas de piedra, que disponían de una abertura cenital por donde se empozaba la nieve.

Así mismo, en pleno casco urbano de Calanda se encuentra la antigua nevera de la población, que fue desamortizada a mediados del siglo XIX y presenta una extraña planta con forma de cruz y pozo central, fruto de modificaciones posteriores a su etapa de funcionamiento. En la población de La Ginebrosa coexistieron dos pozos de nieve de capacidad media dotados de bóvedas por aproximación de hiladas. En uno de ellos han aparecido restos de los maderos que formaban parte del emparrillado utilizado para asentar la nieve y servir como sistema de drenaje del depósito.

La enorme nevera urbana de la población de Valdealgofra, recuperada recientemente, se construyó entre 1683 y 1685, disponiendo de dos accesos, la típica abertura superior y otra lateral, más grande, situada en el arranque de la bóveda. Varios canales excavados en el suelo de arenisca del depósito sirvieron como desagüe del mismo. Otra gran nevera con elementos singulares se localiza en La Mata de los Olmos, presentando una gran bóveda interior de sillería con un acceso cenital y cuatro pequeñas aberturas para empozar la nieve. El depósito, en cambio, fue excavado sobre el terreno, disponiendo de túnel de desagüe y canales para filtrar el agua procedente del deshielo.



Nevera de La Cañada de Verich
FOTO JAVIER ROMEO